El 7 de Diciembre de 1861 había sometido el Presidente Lincoln á la consideración del Senado, un proyecto de tratado entre los Estados-Unidos y México propuesto por el ministro Mr. Corwin. El 25 de Febrero siguiente el Senado adoptó sobre el asunto, la resolución de "que no era conveniente negociar tratados en los cuales los Estados-Unidos tuvieran que asumir cualquiera responsabilidad del principal ó el interés de la deuda de México, ó que requiriese el concurso de las potencias europeas."

Esta resolución fué anunciada inmediatamente y en debida forma á Mr. Corwin y se le previno que debía considerar sus instrucciones sobre dicho asunto, modificadas por lo resuelto y arreglar á ello su conducta. El despacho respectivo no llegó á Mr. Corwin por el estado de trastorno en que estaba México, hasta una fecha muy posterior, quedando Mr. Corwin sin noticias y creyendo el gobierno del Sr. Juárez en la seguridad del préstamo, pues acerca de este mismo negocio Mr. Corwin firmó dos tratados que fueron ratificados por el gobierno de México y enviados al Ejecutivo de los Estados-Unidos, para que los tomara en consideración, y á pesar de que el Senado se oponía, le fué trasmitido también el nuevo tratado por el Presidente Lincoln.

Corwin, al enviar este tratado sobre empréstito el 16 de Abril, lo apoyó en las razones que le sugirió el caso, siendo una de ellas el que estando gravadas las aduanas para el pago de los intereses de las deudas extranjeras, no podían hacerse reducciones en los derechos impuestos á las mercancías norte-americanas. Además, cuando ya parecía verificarse un pronto y pacífico arreglo de la cuestión mexicana, y cuando el Presidente Juárez ratificaba el tratado con los Estados-Unidos, rompióse la alianza entre las tres potencias invasoras de México, proponiendo Inglaterra y España tratar con este país, y como desde el convenio de la Soledad instaba el gobierno mexicano con urgencia á Mr. Corwin sobre la necesidad del empréstito de los Estados-Unidos, que permitiese á México deshacerse de sus entradas, dejar satisfechos á sus acreedores extranjeros y establecer la paz, todo lo cual no podría verificarse sin el referido empréstito, Mr. Corwin encarecía la aprobación del tratado, al que hizo algunas reformas sobre la manera de entregar los once millones para que el gobierno de México no los mal gastase. Quería Corwin que, vendiéndose las propiedades hipotecadas á los Estados-Unidos, entre ciudadanos norte-americanos, se dispersaran éstos entre el pueblo mexicano y le dieran lecciones de religión, moralidad y política; y con este motivo dijo, que durante muchos años los Estados-Unidos habían sido el único enemigo de México.

Por orden del Sr. Prim, pasó á la capital de la República su secretario D. J. A. López de Ceballos, para que se hiciera cargo de la protección de los súbditos españoles y de sus intereses. Se le unió el agregado diplomático D. Norberto Ballesteros, y después de un penoso viaje de siete días llegaron á México el 12 de Mayo. El ministro Sr. Doblado recibió cordialmente al Sr. Ceballos y le aseguró que en su desempeño de representante oficioso de los intereses españoles, hallaría la mejor voluntad por parte del gobierno mexicano, le dijo que la Nación estaba

agradecida á España y al conde de Reus por la noble conducta observada en las recientes cuestiones, y que haría cualquier sacrificio en prueba de su gratitud. El señor comisionado le presentó dos ejemplares del tratado que, firmado y sellado le había entregado el conde de Reus. El Sr. Doblado lo leyó y rechazó tan sólo el artículo en que se trataba del pago de los gastos de la expedición; en todo lo demás estuvo conforme y aun propuso que se estipularan ciertos detalles comprendidos en el tratado recientemente celebrado con Sir Charles Wyke; solamente era preciso suavizar con hábil redacción, algunas concesiones para hacerlas aceptables al público mexicano, y ofreció un proyecto de convenio que estudiaría en unión del comisionado español. El Sr. Ceballos informó á su gobierno, acerca de la exasperación en que encontró á los súbditos españoles por la conducta que siguió el conde de Reus desde su llegada hasta que retiró las fuerzas españolas, aunque la posición de ellos hubiera mejorado, pues no eran insultados ni se les perseguía tanto como antes; pero no bastaban estas consideraciones para suavizar la destemplanza de los ataques al comisario español. En cambio varios ciudadanos de México resolvieron obsequiar al general Prim con una espada de honor y se publicaron poesías en su alabanza. Los franceses habían comenzado su movimiento retrógrado desde el día 1º, y los españoles se embarcaban el 22 del mismo mes de Abril.

El ex-Presidente Miramón, que había llegado á Madrid el 4 de Marzo, ya no fué bien recibido; la prensa progresista española se había declarado contra la protección á los personajes reaccionarios que se presentaron en Veracruz y "Le Moniteur" publicaba correspondencias contra el general Prim, atribuidas á Mr. de Saligny, criticando el tacto y la prudencia del general español y hasta el hecho de haber recibido con cortesía al Sr. Zamacona cuando fué á Veracruz comisionado por el gobierno de México. El "Clamor Público" de Madrid dijo, que la venida de Miramón había tenido por objeto unirse á Zuloaga, Cobos, Vicario y Márquez para proclamar la monarquía bajo la protección francesa; el "Courrier de la Gironde" seguía defendiendo la causa de México, y el "Esprit Public" en un párrafo de última hora el 31 de Marzo, anunció que la llegada del general Laurencez había de concluir completamente el asunto mexicano, pues traía orden de no dar oido á las propuestas del gobierno.

En Puebla, por influjo del general José M. González Mendoza, levantó el Ayuntamiento una acta, manifestando que la autoridad del Presidente Juárez, era emanación directa del voto general de los mexicanos, pública y expresamente emitido por un pueblo independiente y libre; el desconocimiento de esa autoridad importaba una rebelión y traición á la Patria; el cuerpo municipal de Puebla repelía enérgicamente la idea de establecer en México una monarquía y la de proclamar á Almonte como jefe de la Nación para entrar en arreglos con las potencias aliadas. Los reaccionarios seguían aumentándose; ocuparon á Cuautla, Monte Alto, San Miguel de Allende, y se desarrollaron en el Estado de Durango. En Matamoros Izúcar estuvo á punto de morir el jefe José M. Cobos; en unión del general D. Miguel Andrade fueron á una botica á tomar un refresco, el farmacéutico

equivocó los frascos y dió á cada uno varios gramos de tártaro, que los puso á la orilla de la muerte, salvándose por milagro. Márquez fué á Atlixco, donde impuso un préstamo y regresó á Matamoros; salieron de Puebla fuerzas para batirlo, pero recibieron contra-orden en el camino en tanto que á Tehuacán, desocupado por los franceses, entraban las fuerzas de los coroneles Rojo y Escobedo. Matamoros Izúcar era el cuartel general de los reaccionarios, allí estaba Zuloaga que ya quería dimitir un puesto que, debido á los esfuerzos de Cobos y Márquez, conservaba, aunque de nombre solamente.

D. Santiago Vidaurri ofreció que la frontera del Norte concurriría con todos sus recursos para sostener la Independencia, y dispuso que el coronel Quiroga con dos regimientos se pusiera en marcha para la capital de la República, conforme se lo había ordenado el gobierno federal; aunque después dijo que no contaba con elementos para movilizar las fuerzas, y mientras el general Zaragoza estuvo á la cabeza del ejército de Oriente, Vidaurri se evadió de auxiliar al gobierno del Sr. Juárez. El entusiasmo por la guerra se percibía en la capital; una de las manifestaciones fué dada por los cajistas del establecimiento tipográfico del Sr. N. Chávez, que se presentaron al Presidente ofreciendo sus servicios como soldados; en muchas poblaciones circulaban patrióticas proclamas; el diputado Montes presentó al Congreso el proyecto para dar un voto de gracias al general Prim, y aunque fué apoyado lo retiró su autor, tal vez por no dar armas á los enemigos de ese jefe.

Los plenipotenciarios franceses, haciendo á un lado los tratados de la Soledad, anunciaron al gobierno de México que el 20 de Abril romperían las hostilidades, á tiempo que las fuerzas españolas se retiraban del país. A cada paso protestaban de nuevo que no habían venido á México á tomar parte en las divisiones interiores, aunque sus hechos manifestaban lo contrario; hacían llamamientos á todos los mexicanos que tuvieran confianza en la Intervención, *para derrocar á la minoría opresiva y violenta* que aseguraban estar formada de un décimo de la población del país, y declaraban que iban á dar á los nueve décimos restantes el valor de pronunciar su voluntad, amenazándolos con que, si permanecían inertes los dejarían abandonados á su suerte y no se ocuparían los comisarios más que de intereses determinados, en virtud de los cuales fué firmada la Convención de Londres.

Afirmando que no habían venido á tomar parte en las divisiones de los mexicanos y contradiciéndose, ofrecían el apoyo de sus armas á los que les siguieran, negaban que se tratara por la Francia de restablecer aquí "*instituciones caducas*" pero venían aliándose con los que proclamaban esas instituciones; protestaban que no querían imponerse aquí las armas francesas y amenazaban destruir á los que se opusieran á lo que ellos pretendían. Aunque contradictorio el Manifiesto que publicaron, envolvía una declaración de guerra, hecha en forma inusitada, de una manera vaga, con apreciaciones falsas, necesariamente, pues que oculto era el fin á que se tendía y se presentía que la Intervención obraría contra las ideas del partido reaccionario. En cuanto á cumplir con lo pactado en la convención de

la Soledad, ningún inconveniente había en haberse retirado á donde se convino, pues el Chiquihuite estaba desartillado y no era posible oponer allí una resistencia formal.

Se desprendía del Manifiesto, que los plenipotenciarios franceses, al prestar decidida protección á Almonte, rompieron la Convención de Londres y los preliminares de la Soledad, faltando á la fe pública de los convenios internacionales; ultrajaron á la Gran Bretaña, á España y al gobierno de México, sentando precedentes que si llegaran á imperar, serían una amenaza para la independencia de todas las naciones. Inglaterra y España no siguieron á Francia en aquella aventura que se oponía al derecho y á sus intereses, no cayeron en la red de servir de escalones á la ambición de Napoleón III, quisieron seguir otro camino y quedaron separadas de la alianza, obrando independientemente en sus cuestiones con México, lo cual fué comunicado al gobierno del Sr. Juárez por los plenipotenciarios de las potencias aliadas.

¿Estas faces por las que pasaba la cuestión extranjera, no revelaban la ligereza con que las potencias aliadas habían procedido al combinar su acción? ¿no manifestaban que se dejaron llevar por inexactos informes, y que al firmar la Convención se guiaron por miras embozadas y recíproca desconfianza, celos y rivalidades mal disimuladas? De otro modo es difícil imaginarse que los diplomáticos que la firmaron y los gobiernos que la aprobaron, no hubieran previsto todas las eventualidades y los escollos que resaltaban desde luego. Los comisarios franceses pretendían sostener, que el gobierno de México era el que había roto los preliminares de la Soledad, á causa de haber sido matados algunos soldados franceses en el camino de Veracruz, y protestaron contra el tratado que se arreglaba entre México y los Estados-Unidos, relativo al empréstito, pretendiendo que México no podía enagenar ni hipotecar sus rentas, porque á ellas tenía derecho la Francia.

El general Laurencez, estando en Córdoba, comunicó el 17 de Abril á los plenipotenciarios franceses su resolución de seguir sobre México, en los términos siguientes: "Colocado á la cabeza del cuerpo expedicionario, de México, el Emperador me ha confiado la dirección de las operaciones militares, y garantizar la seguridad de nuestras tropas. Después de conocer los tratados de la Soledad, ratificados por los comisarios de las tres altas potencias contratantes, habría debido dictar todas las disposiciones conducentes á concentrar las tropas en Paso Ancho, luego que el ejército español hubiera operado su movimiento retrógrado."

"El asesinato de tres soldados franceses en los alrededores del campamento, no me pareció un motivo suficiente para considerarme desligado del cumplimiento extricto de una Convención firmada por los representantes de la Francia; aunque los atentados no son sino la consecuencia del decreto expedido en el mes de Enero, por el gobierno de Juárez, que nos pone fuera de la ley asimilándonos á los piratas, decreto ultrajante sostenido aun después de haberse firmado los preliminares."

"La situación de Veracruz, rodeada de numerosas partidas de guerrilleros, y reducida al estado de bloqueo, me parecía ya una violación de los preliminares

por parte de los mexicanos, cuando recibí esta noche, de parte del general Zaragoza, una nota oficial en la que me informa que considera una parte de los enfermos dejados en Orizaba y que han ya entrado en convalescencia, como una guardia puesta para la seguridad del hospital."

"En presencia de una declaración de tal naturaleza, yo debo de temer que nuestros enfermos no puedan ya contar con la protección que les había asegurado la Convención de la Soledad, y que sean considerados como rehenes dejados confiadamente en manos del enemigo. Mi deber me obliga á marchar en su salvación sin pérdida de tiempo, pues sería imprudencia de mi parte, dejarlos expuestos á los excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos."

"Tengo el honor de informaros, que en virtud de los poderes militares que me han sido confiados, me pondré en marcha hoy mismo sobre Orizaba. No me queda otro medio de proveer á vuestra seguridad personal, que invitaros á marchar unidos al ejército en el movimiento que va á operar."

La hora del combate había llegado. Una orden general informó al cuerpo expedicionario de las resoluciones tomadas por el general en jefe; se dictaron las órdenes para salir de Córdoba desde luego, y otras fueron enviadas á Paso Ancho al coronel L'Heriller para que ascendiera hacia Córdoba y Orizaba. Quedaron de guarnición en Córdoba tres compañías del 99, un batallón de infantería de marina, una sección de ingenieros y media sección de ambulancia.

El resto de la columna levantó el campo á las dos de la tarde y se puso en camino para Orizaba; á las cinco, cuando la vanguardia estaba á dos kilómetros del pueblo del Fortín, vió que se acercaba un oficial mexicano, el coronel Félix Díaz, el cual seguido de algunos soldados se detuvo á corta distancia, quiso parlamentar y se le intimó á que se retirara. Así lo hizo, pero reapareció seguido de un escuadrón, y le acometieron varios pelotones de cazadores de Africa; algunos mexicanos cayeron prisioneros y los demás llevaron á Orizaba la noticia, por lo cual esta ciudad fué evacuada retirándose el general Zaragoza la misma noche.

En la siguiente mañana entraron los franceses á Orizaba y encontraron en la garita al general Prim y su Estado Mayor, en marcha para Veracruz, donde se reunirían á la división española que iba á reembarcarse. Breves y fríos, puramente de cortesía, fueron los saludos que se cambiaron, no pudiendo ver bien los franceses que Prim los privara de un concurso de siete mil soldados que retiraba sin órdenes de su gobierno. Por la garita opuesta salía en esos momentos el general Zaragoza con la retaguardia de sus tropas, que se retiraban hacia las Cumbres de Acultzingo y la Mesa Central. Algunos instantes después, el general Laurencez entraba á Orizaba al ruido de un repique general de las campanas, en lo cual el ministro Saligny y los proscritos mexicanos veían una expresión de entusiasmo. Los ingenieros se ocuparon en reconocimientos; fueron instalados en el hospital los enfermos conducidos de Córdoba, y se organizó el servicio militar de la plaza. Allí entró una fuerza de Gálvez que acababa de someterse á la Intervención.